



cios sin distincion de órden, clase ni edad: las cárceles rebosaban de víctimas; los caminos se veían cubiertos de montones de hombres mutilados; los garfios, el potro, la cruz y las bestias feroces despedazaban á niños y madres, ó los arrojaban confundidos á las piras, ó los precipitaban al fondo del mar á centenares, porque no habia verdugos para tantas víctimas (300).

Muchos mártires hubo tambien en España, no por culpa del César, porque Constancio no los persiguia, y acaso en su interior los amaba, sino del gobernador Daciano, escogido de entre la aristocracia romana, la más enemiga de las novedades (que así llamaban la nueva religion), para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano. Murieron obispos, centuriones, magistrados, y de este tiempo fueron los innumerables mártires de Zaragoza. Hubo tambien en España, fuerza es confesarlo, falta de constancia en muchos, bastantes abjuraron ó por debilidad ó por poco arraigados en la fe, y faltábale todavía mucho á la España para ser toda cristiana. La persecucion duró en Occidente dos años largos, los últimos del reinado de Diocleciano: en Oriente la continuó Galerio por otros ocho años más. Galerio no se saciaba de sangre cristiana.

El impío é infame Galerio habia logrado persuadir á Maximiano, padre de su mujer, á que abdicase la púrpura. Logró despues lo mismo de Diocleciano, más ciertamente con amenazas que con la persuasion; y Diocleciano, tan generoso en partir con otros el imperio, obligado á bajar de él por el mismo á quien habia elevado, se retiró á Salona, su patria. Así quedaron por emperadores Valerio en Oriente y Constancio en Occidente. Con la elevacion de

Constancio al imperio cesó en España la persecucion de los cristianos (305); ántes se entregó públicamente á su confianza; abriéronse las cárceles á todos, y entre ellos recobró la libertad Osio, obispo de Córdoba, que despues se hizo tan justamente célebre. Constancio fué un excelente principe, dulce, justo y tolerante, y tan pobre que cuando daba un festin tenía que pedir la plata prestada. Suidas le llama *Constancio el Pobre*. Su hijo Constantino, el que despues habia de dar tanto engrandecimiento y lustre á la Iglesia, tenía entónces diez y ocho años, y habiéndose alistado ántes en las banderas de Diocleciano, continuaba sirviendo en Oriente bajo los estandartes de Galerio. Reclamábale su padre, agobiado de enfermedades; pero el inicuo Galerio le retenia en su poder, hasta que una noche se salvó de sus lazos con la fuga. Para librarse Constantino de la persecucion, iba en cada parada de postas cortando las piernas á los caballos de que se servia (1), y de este modo llegó á incorporarse con su padre, el cual murió luégo en York; las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á Constantino emperador, en nombre de las virtudes de su padre (306).

Muchas guerras tuvo que sostener todavía Constantino ántes de sentarse tranquilo en el trono de Occidente, ya contra Maximiano, que arrepentido de su abdicacion quiso vestirse otra vez la púrpura, ya contra Galerio, ya contra Maxencio y Licinio. Por este tiempo se celebró en España el concilio de Illiberis. La Iglesia y el mundo van á recibir una trasformacion bajo el imperio de Constantino.

(1) Zosim., lib. II.

### CAPÍTULO XIV

El cristianismo.—Pintura de las costumbres del imperio romano.—Corrupcion moral.—En los emperadores; en el pueblo; en los hombres de letras.—Causas que la producian.—Politeísmo.—Constitucion orgánica del imperio. Tiranía; esclavitud; condicion miserable y abyecta del pueblo.—Vicios de la legislacion.—Derechos tiránicos de los padres.—Prostitucion del matrimonio; facilidad de los divorcios; leyes sobre el celibatismo; esclavitud de las mujeres; falta de vínculos de familia; exposicion de los hijos.—Escandaloso lujo y vida licenciosa de los ricos; egoísmo universal; estrago y desenfreno de costumbres.—Filosofia epicúrea; filosofia estoica.—Necesidad de una revolucion social en el mundo.—La trae el cristianismo.—Filosofia cristiana.—El cristianismo considerado como principio moralizador y como principio civilizador.—Su doctrina; su nacimiento y progresos.—Costumbres de los primeros cristianos.—Persecuciones; martirios; edad heroica del cristianismo.—Cómo fué ganando al pueblo.—Cómo á las clases elevadas de la sociedad.—Filósofos cristianos; apologistas.—El cristianismo en España.—Mártires españoles.—Zaragoza.—Osio.—Situacion religiosa del mundo al comenzar el cuarto siglo.

Estaba elaborándose lentamente en el imperio romano una revolucion social, la mayor que han presenciado los siglos, y la mayor tambien que se verá hasta la consumacion de los tiempos. Todos los sucesos que hasta ahora llevamos referidos carecen de importancia al lado del grande acontecimiento que se estaba preparando. La sociedad antigua iba á disolverse, el mundo iba á sufrir una trasformacion física y moral, y la gran familia humana iba á ser regenerada en su religion, en su gobierno, en su legislacion, en su moral y en sus costumbres. Los elementos existian ya; pero iban obrando paulatinamente, comotodo lo que está destinado á producir cambios y revoluciones que han de durar largas edades. Menester es que conozcamos las causas que fueron preparando esta gran metamorfosis social, para que podamos apreciar despues debidamente sus efectos.

Por el imperfecto cuadro que hasta ahora hemos delineado, seha podido ver á qué grado de corrupcion, de inmoralidad, de desenfreno,

habian llegado las costumbres en el imperio romano, y el imperio romano era entónces el mundo. Aunque la disolucion y los vicios tenían ya gangrenada la sociedad romana en los últimos tiempos de la república, veíanse todavía algunos ejemplos, si no virtudes morales, por lo ménos de virtudes cívicas, de las virtudes propias de un resto de energía nacional, de un resto de amor á la libertad. Bruto y Casio fueron llamados los últimos romanos. La voz de Ciceron dejó de oirse, y no hubo quien la reemplazara, porque la elocuencia enmudece con la tiranía. Mientras la república estuvo ocupada en conquistar, la necesidad del heroísmo produjo todavía algunas virtudes: cuando los hombres dejaron de pensar en guerras, pensaron en deleites y en cortesanas. Cuando Augusto dió la paz al mundo avasallado, no pudo hacer sino llamar en su auxilio las musas para que cubrieran con sus laureles la tiranía y la relajacion. Aunque de buena fe quisiera Augusto corregir las costumbres, era ya impotente para ello, porque el corazon de la sociedad





estaba corrompido, y lo estaba por la misma organizacion social.

Así desde Augusto, que aparentó querer contener la inmoralidad, corre despues y se precipita desbocada y sin freno, ayudada de la tiranía desenmascarada, que era lo único que le había faltado. Desde entónces no se ve sino una depravacion profunda en todos los miembros de la sociedad: el vicio y la impiedad, la ferocidad y la adulacion, la crápula y la sensualidad, erigidas en sistema. Emperadores malvados disponian de un pueblo corrompido, y soldados licenciosos se daban emperadores tan desenfrenados como ellos. Plebe y soldados nombraban, aplaudian, divinizaban al que esperaban les hiciese más distribuciones de trigo ó de dinero con que matar el hambre, y que les diese más espectáculos con que divertirse: cuando las distribuciones y los juegos se acababan, asesinaban á aquél y aclamaban á otro. Así el pueblo lloraba como una desgracia la muerte de Calígula, de Neron, de Cómodo, de Caracalla y de Eliogábalo, porque habian sido los más pródigos para él. «El pueblo, dice eloquentemente un escritor español (1), el pueblo siempre mendigo y siempre seguro, decia al tirano: tenga yo dinero, y tú confiscas; tenga yo trigo, y tú mata; tenga yo espectáculos, y tú harás cuanto te agrade; conque entre el pueblo y el mal príncipe había una tácita convencion, mediante la cual el déspota daba el trigo y el pueblo los aplausos.... Cuando los tiranos salian de sus palacios y oian las salutations y agradecimientos del pueblo, imaginábanse que todo el imperio se hallaba en el más floreciente estado, y tenian las interesadas y compradas aclamaciones de la canalla bien alimentada por indicios de la pública felicidad.»—«¿Haciase, dice en otra parte, una carniceria de los ricos? Pan al pueblo, y más que todos los ricos se matasen. ¿Subía un emperador á la escena, ó descendía al palenque con los gladiadores? Pan al pueblo, y en el senado y en el circo resonaban aplausos al emperador comediante, citarista ó cochero.

(1) Malgorza y Azanza, *Discurso sobre el comercio de los romanos*.

«¿Volvia el príncipe de la guerra sin haber visto al enemigo, ó despues de haber hecho una paz vergonzosa? Pan y dinero al pueblo, y el príncipe quedaba hecho padre de la patria, y entraba victorioso en Roma entre las aclamaciones y bajo los arcos de triunfo. ¿Moria una cortesana, una vil prostituta, esposa del emperador y mujer de todos los hombres? Pan y dinero y aceite al pueblo, y la casta consorte del tálamo nupcial era hecha diosa, se derramaban lágrimas sobre su tumba, y sus estatuas se adornaban de flores.»

Así los príncipes apresuraban la corrupcion del pueblo, y el pueblo ayudaba á la corrupcion de los príncipes.

¿Pero era sólo el pueblo ignorante y estúpido el que así adulaba á sus tiranos? ¿No hacian lo mismo los hombres de letras, los sabios y filósofos? Valerio Máximo dedica su obra al infame Tiberio, y en el prefacio se dirige á él, diciéndole: *Á vos, á quien los dioses y los hombres de concierto han dado el gobierno del mundo; á vos, de quien pende la salud de la patria, pues que vuestra divina sabiduría alienta con tanta bondad las virtudes que hacen el objeto de esta obra, y castiga con severidad los vicios contrarios; á vos, César, es á quien invoco para el éxito de mi empresa.*—El mismo Séneca, el preceptor de Neron, el que mejor escribia de moral y de virtud, pero que á favor de sus usuras había amontonado en cuatro años trescientos millones de sextercios (1); el que por impedir á su depravado discípulo que fuese incestuoso le inclinaba á ser adúltero; el mismo Séneca, ¿no le decia á Neron que *podía vanagloriarse de un mérito que ningun otro emperador tenía, la inocencia; y que hacia olvidar los tiempos de Augusto?* (2).

Jamas, ni en tiempo ni en parte alguna, se vió la humanidad agobiada bajo el peso de tantos vicios y de tantos crímenes. Es un cuadro que asombra y espanta. ¿De dónde provenia tanto desórden? ¿Qué causas habian producido aquel refinamiento de disolucion y de maldad? La religion y el culto, la organizacion política,

(1) Tácit., *Ann.*, lib. XIII.

(2) Sén., *De Clem.*



el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas, todo contribuía á fomentar la corrupcion intelectual y moral del pueblo romano.

Los hombres del mundo antiguo, no habiendo alcanzado el conocimiento de la verdadera divinidad, se fabricaron dioses con las mismas pasiones y con los mismos defectos que ellos; y si al principio los tuvieron respeto, fueron perdiéndose despues. Había dioses para todas las virtudes, pero había tambien dioses para todos los vicios, y los hombres encontraban más fácil asemejárselos en éstos que imitarlos en aquéllas. «*Si Júpiter transformándose en lluvia de oro, decia Terencio en una de sus comedias (1), seduce las mujeres, ¿por qué yo, siendo un miserable mortal, no he de poder hacer otro tanto?*» Y como si el politeísmo de Roma no fuera bastante, como si el catálogo de los dioses romanos necesitara ser aumentado para autorizar todos los crímenes, llevaron los de Egipto y Grecia para que los ayudaran á proteger y santificar los vicios. Si en el templo de la Vénus de Babilonia se prostituian públicamente las mujeres, si en el de Corinto se consagraban más de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma había de haber vestales? Nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistian con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifac. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigian que éstos escogieran para morir las posturas más lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Vénus, de Adónis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningun

(1) Eun. Act. III.

vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. «*Hermosa Laverna, decia Horacio (1), enséñame el arte de engañar y concédeme parecer justo y santo.*» Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo; pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luégo, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecia la corrupcion, no la fomentaba ménos la organizacion política del Estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se había extendido tan léjos la opresion de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajacion tan absoluta, de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitarémos recordar la execrable depravacion de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestraban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullian esclavos, ó prisioneros, ó mujeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas cebadas en sus estancos con carne humana? Lo que parece sorprender más, es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados

(1) Epist. XVI, l. I.





ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa majestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje, á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atras corrompido, ellos podian deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciáran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtian abundantemente de víctimas, y á trueque de ganar un premio, importábales poco llevar familias enteras á los suplicios, ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, qué pensamientos nobles podia haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no habituada al trabajo, despojada de toda garantía social, y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenía que adular y servir? Porque, ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores y de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustración y la virtud. No había más que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (1), y cuyos criados se contaban por millares (2). Plinio menciona un ciudadano, que despues de lamentarse de las pérdidas que había sufrido durante las

(1) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche, con sólo doce convidados, la enorme suma de seis millones de sextercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastronomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.

(2) *Familiarum numerum et nationes* los llama Tácito. Annal. libro XI.—Plinio dice que era necesario un *nomenclator* para conocerlos y llamarlos; y Ateneo, que había quien poseía quince ó veinte mil. Dignos, I. VI.

guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sextercios, sin contar las tierras (1). Patricios había que poseían más vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores, ellos y sus hijos. La más ligera falta, el más leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras; y los enfermos eran despididos y abandonados como muebles inútiles. La más remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura, y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se había convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veintidós días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mujeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los

(1) Citado por Cantú, *Hist. Universal*, época VI, cap. V.



divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una mujer que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y S. Jerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enteraba á su vigésimaprimer esposa, la cual á su vez había tenido veintidos maridos. Júzguese cuál debería ser la educación de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, exponiéndolos en la vía pública.

En ayuda de una religión y de una legislación que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían á la disolución de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, transportada de Grecia, con sus doctrinas de egoísmo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoísmo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molición y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, áun atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atras el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costó las deliciosas playas de la Campaña. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el África, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales y maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas y otros ministros de la molición y de la afeminación; las ricas matronas, además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presen-

tarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitución. De Neron, dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popea tal copia de bálsamos exquisitos, que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasión en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los unguentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay, sin embargo, que represente el desarreño, el estrago, la locura á que habían llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripción que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. Él comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas... Un día ofreció á sus parásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro... Eliogábalo, dice el mismo historiador, nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los más exquisitos, y hacia derramar el nardo á calderadas... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas; nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sertija, ni la misma túnica; no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices. Á un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), unca dos, tres y cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto, y hacia que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos»